

El Tiempo Pascual

Se da el nombre de *Tiempo Pascual* al período de siete semanas que transcurre desde el domingo de Pascua hasta el sábado después de Pentecostés. Esta parte del *Año litúrgico* es la más sagrada, aquella hacia la cual converge el Ciclo completo, y a la que la antigüedad cristiana designó con el nombre de *Fiesta de las fiestas* y *Solemnidad de las solemnidades*. Y no sin razón, ya que en el día de Pascua la misión del Verbo encarnado alcanza el fin que estuvo anhelando hasta entonces; en el día de Pascua el género humano se ve levantado de su caída y entra en posesión de todo lo que había perdido por el pecado de Adán.

1º Misterio del Tiempo Pascual.

1º Cristo Vencedor. — Navidad nos había dado un Hombre-Dios; y este Hombre-Dios derramó hace tan sólo tres días su Sangre, de valor infinito, para redimirnos. En Semana Santa, pues, contemplamos una Víctima inmolada y sometida a la muerte. Mas en el día de la Pascua contemplamos al Vencedor que aniquila a la muerte, hija del pecado, y se reviste de la vida inmortal que ha conquistado para todos nosotros. La Iglesia no medita ya en la humildad de los pañales, ni en los dolores de la agonía y de la cruz, sino en la gloria que merece su divino Esposo, primero para Sí, y luego para nosotros.

En el día de Pascua, Dios restaura, en su Hijo resucitado, su obra primera: el paso por la muerte no ha dejado en Cristo huella alguna, como tampoco la había dejado el pecado, a pesar de que el divino Cordero se hubiese dignado asumir un cuerpo de la descendencia pecadora de Adán; y no es solamente El quien vuelve a la vida inmortal, sino con El todo el género humano. «*Así como por un hombre vino la muerte al mundo, nos dice el Apóstol, por un hombre debe venir también la resurrección de los muertos; y así como en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados*» (I Cor. **15** 21-22).

Así pues, el aniversario de este acontecimiento constituye cada año el gran día, el día de la alegría, el día por excelencia; hacia él converge, y en él se funda, todo el Año litúrgico. Mas, como este día es santo entre todos, ya que nos abre las puertas de la vida celestial, en la que entraremos resucitados y gloriosos como Cristo, no ha querido la Iglesia que luciera sobre nosotros antes de que el ayuno purificara nuestros cuerpos y la compunción corrigiera nuestras almas. A este fin instituyó la penitencia cuaresmal, y nos advirtió desde Septuagésima que había llegado el tiempo de aspirar

a las alegrías serenas de la Pascua y disponernos a los sentimientos que su venida debe despertar. Ya hemos concluido esta preparación, y el Sol de la Resurrección se eleva sobre nosotros.

2º La Pascua de la eternidad. — Pero la Pascua terrena no hace más que prefigurar la verdadera Pascua, que consiste en la eternidad bienaventurada. El género humano había muerto, estaba abatido con la sentencia que le retenía en el polvo del sepulcro, y encontraba cerradas las puertas de la vida. Mas he aquí que el Hijo de Dios se levanta del sepulcro y entra en posesión de la vida eterna, no a título individual, sino, según la vigorosa expresión del Apóstol, como «*primogénito entre los muertos*” (Col. 1 18), esto es, como Cabeza de una multitud de miembros a los que El comunica su vida nueva en Dios. La Santa Iglesia quiere, pues, que nos consideremos ya como resucitados con El y como en posesión de la vida eterna.

Estos cincuenta días del tiempo pascual, nos enseñan los Santos Padres, son una imagen de la bienaventurada eternidad. Están consagrados plenamente a la alegría, y por eso destierran toda tristeza; la misma Iglesia no acierta a decir nada a su Esposo sin añadirle el Aleluya, ese grito del cielo que resuena sin fin en las calles y plazas de la Jerusalén celestial, como dice la liturgia. Durante nueve semanas nos hemos visto privados de este cántico de admiración y de gozo, pues aun debíamos morir con Cristo nuestra víctima; mas ahora que hemos salido del sepulcro con El, y que no queremos volver a morir en lo sucesivo con la muerte que mata al alma y que hizo expirar a nuestro Redentor sobre la Cruz, el Aleluya vuelve a ser nuestro.

Así, pues, todo el tiempo pascual es como una fiesta continuada. Ya lo proclamaba Tertuliano en el siglo III, cuando, al reprochar a ciertos cristianos sensuales el pesar que sentían de haber renunciado por su bautismo a tantas fiestas como llenaban el año pagano, les decía: «Si amáis las fiestas, también las encontraréis entre nosotros: no fiestas de un solo día, sino de muchos. Entre los paganos la fiesta se celebra una sola vez al año; para vosotros ahora cada ocho días es fiesta. Reunid todas las solemnidades de los gentiles, no llegaréis a la cincuentena de nuestro Pentecostés». San Ambrosio, escribiendo a los fieles sobre este mismo tema, hace la siguiente observación: «Si los judíos, no contentos con su sábado semanal, celebraban otro sábado que se prolongaba durante todo un año, ¡cuánto más debemos nosotros hacer para honrar la Resurrección del Señor! Por esto se nos ha enseñado a celebrar los cincuenta días de Pentecostés como parte integral de la Pascua. Son siete semanas completas, y la fiesta de Pentecostés da comienzo a la octava semana. Durante estos cincuenta días la Iglesia suspende el ayuno, como en el domingo, en que el Señor resucitó; y todos estos días son como un solo y mismo domingo».

2º Usos litúrgicos.

El período de cincuenta días que separa la fiesta de Pascua de la de Pentecostés ha sido objeto constante de particular respeto en la Iglesia. La primera semana, consagrada principalmente a los misterios de la Resurrección, debe celebrarse con especial esplendor; pero el resto de los cincuenta días no deja de tener también su propia dignidad.

Los usos litúrgicos que distinguen el tiempo pascual se reducen a dos principales: la repetición continua del *Aleluya*, y el empleo de los colores blanco y rojo, según lo reclamen las dos solemnidades, la primera que lo abre, y la segunda que lo cierra. El color blanco lo exige el misterio de la Resurrección, que es el misterio de la luz eterna, luz sin sombras ni manchas, y que produce en aquellos que lo contemplan el sentimiento de una inefable pureza y de una bienaventuranza cada vez mayor. Mientras que Pentecostés, que ya en esta vida nos da al Espíritu Santo con su fuego que abrasa, con su amor que consume, exige un color distinto: la Santa Iglesia ha escogido el rojo para expresar el misterio del Divino Paráclito, manifestado en las lenguas de fuego que descendieron sobre los Apóstoles y demás discípulos que estaban encerrados en el Cenáculo.

Además de estos dos usos litúrgicos, la tradición cristiana asigna al tiempo pascual otros dos usos que lo distinguen del resto del año:

*1º El primero es la **abolición del ayuno**, extendiendo así el antiguo precepto que prohíbe ayunar el domingo: todo este gozoso período debía ser considerado como un solo y único domingo. Las Ordenes religiosas de Oriente y de Occidente, aun las más austeras, aceptaron esta práctica.*

*2º La segunda, que se ha conservado en Oriente, es la costumbre de **no doblar la rodilla** en los oficios de Pascua a Pentecostés. Nuestros usos occidentales han modificado esta usanza, ya que la Iglesia latina introdujo desde hace mucho tiempo la genuflexión en la misa durante el tiempo pascual; pero queda un vestigio de esta antigua disciplina en la costumbre de rezar siempre de pie el “Regina Cæli”, que durante el tiempo pascual reemplaza al “Angelus”.*

3º Práctica del Tiempo Pascual.

1º La alegría espiritual. — La práctica de este santo tiempo se resume en la alegría espiritual que debe haber en las almas resucitadas con Jesucristo, alegría que es un anticipo de la bienaventuranza eterna y que el cristiano debe ya desde ahora mantener en sí mismo, buscando cada vez con mayor ardor la vida divina que anima a nuestra Cabeza y huyendo constantemente de la muerte, que es hija del pecado.

Nada debe distraernos de nuestra alegría en estos días. El mismo Rey de la gloria nos dice: «¿Acaso los hijos del Esposo pueden entristecerse mientras el Esposo está con ellos?» (Mt. 9 15). Jesús se queda aún durante cuarenta días con nosotros; ya no puede padecer, ya no puede morir; estén, pues, nuestros sentimientos en armonía con su estado de gloria y de felicidad que debe perdurar siempre. Es cierto que nos dejará para subir a la diestra de su Padre; pero desde allí nos enviará el divino Consolador que permanecerá en nosotros, para que no quedemos huérfanos. Sean, pues, estas palabras nuestra comida y nuestra bebida durante estos días: «Los hijos del Esposo no deben entristecerse mientras el Esposo está con ellos». Sentiremos entonces que, si la compunción y la penitencia cuaresmales nos fueron saludables, no lo será menos la alegría pascual. Jesús en cruz y Jesús resucitado es siempre el mismo; pero en este momento nos quiere en torno suyo, con su Santa Madre, sus

discípulos y María Magdalena, todos deslumbrados y extasiados por su gloria, olvidando por unos momentos las angustias de la Pasión.

2º El deseo de la Pascua eterna. — Este tiempo lleno de delicias pasa pronto; sólo nos quedará el recuerdo de la gloria y de la familiaridad con nuestro Redentor. ¿Qué haremos luego nosotros en este mundo, cuando el que era su vida y su luz nos prive de su presencia? Cristiano, aspirarás a una nueva Pascua, aquella en la que Cristo entra por su Ascensión; ansiarás acompañarlo ahora con la mente, para seguirlo un día con el cuerpo, hasta aquella Pascua eterna que durará mientras Dios sea Dios, y cuyos fulgores llegarán hasta ti como un preludio de los goces que allí se te reservan.

3º Vida nueva en Cristo. — Después de su venida en carne mortal, Nuestro Señor Jesucristo no dio ni un solo paso sin nosotros. Al nacer en Belén, nosotros nacimos con El; al ser crucificado en Jerusalén, nuestro viejo hombre, según la doctrina de San Pablo, fue clavado en la Cruz juntamente con El; al ser sepultado, nosotros lo fuimos con El. De donde se sigue que, al resucitar de entre los muertos, nosotros resucitamos con El, y con El debemos caminar ahora en una nueva vida. Así pues, «*Jesucristo, resucitado de entre los muertos, añade el mismo Apóstol, no vuelve ya a morir; la muerte no tiene ya dominio sobre El; porque muriendo, murió al pecado una vez para siempre, pero viviendo, vive para Dios*». Nosotros somos sus propios miembros, su suerte debe ser la nuestra. Morir de nuevo por el pecado sería renunciar a El, separarnos de El, hacer inútil para nosotros esta muerte y esta resurrección que compartimos con El.

Pecadores, que habéis recuperado la vida de la gracia en la solemnidad pascual, no volváis a morir; haced obras de vida resucitada. Y vosotros, justos, a quienes el misterio de la Pascua ha devuelto nuevas fuerzas, dad muestras de una vida más fecunda en disposiciones y obras santas. De este modo todos caminaréis en la vida nueva que nos recomienda el Apóstol.

Por este motivo el Tiempo Pascual corresponde a la *Vida unitiva*, última etapa de la vida espiritual. Durante este tiempo contemplamos a nuestro Salvador, no ya en los abatimientos y padecimientos que le han precedido, sino en toda su gloria, esto es, con una humanidad en la que se manifiesta el último grado de transformación de la criatura en Dios. La venida del Espíritu Santo añade también su propio esplendor a esta transformación, revelando al alma las relaciones que deben unirla con la tercera Persona de la Santísima Trinidad. Se manifiesta así el camino y progreso del alma fiel, que, después de haber sido objeto de la adopción del Padre celestial, es iniciada en esta elevada vocación por las enseñanzas y ejemplos del Verbo encarnado, y consumada por la visita e inhabitación del Espíritu Santo.

(Extractos de *El Año Litúrgico*, de DOM PROSPER GUÉRANGER)